Al margen

Bunting

El poeta canario Andrés Sánchez Robayna, gran «clerc» donde los haya —baste recordar, con su poemario «Clima», la requintada revista «Literradura» de sus años barceloneses—, debo una de esas alegrías con que la vida gusta de gratificarnos a la inesperada: la de suscitar la presencia querida del poeta inglés Basil Bunting, compañero en los viejos y siempre recordados días de Rapallo. Y de quien nada volví a saber hasta el exquisito «Briggflatts», que últimamente me pasó el sobrino y homónimo, endocrino y «lletraferit», que duplica nuestro apellido.

Chiquito, si tieso como un huso, atildadísimo desde el paño escocés de corte deportivo a los mocasines negros, temprano sinsombrerista, risueños los ojos encristalados y los labios sensuales entre el mostacho ala de cuerva y la cilíndrica perilla de faraón, poco y suave el hablar, apoyando las contadas palabras en el inseparable roten con puño de plata, nuestro dandy era un ejemplar de los que solo en la Rapallo de los años treinta —todavía varadero de artistas y escritores internacionales— pasaba sin llamar la atención. Recuerdo, en cambio, el corro que se armó en Canaletas mientras andábamos por el kiosco de periódicos, como en Vallensana más tarde, convertida la casa en meta para la peregrinación de amigos y de quienes no lo eran tanto. Ante un Basil de eterna sonrisa y sin perder la compostura, hierático y mudo cual bajorrelieve del Museo de El Cairo. ¡Y pensar que hasta lo llevamos a la nada sosegada Semana Santa de Hijar! Aquella primera experiéncia de España, mucho temo que resultara como un segundo grado para su inveterada cortesía.

No lo demostró. De vuelta en Rapallo, con mi alter ego Eugen Haas seguimos pasando las veladas, entre intelectuales y rebelesianas, en aquel ático que heredaríamos cuando los Bunting se largaron a Estados Unidos, a punto de nacer el segundo hijo. Estaba entonces casado con Marion, una pelirroja rechoncha y divertida del Middle West; muy «americana» ella, al punto que Basil y nosotros éramos prácticamente los niñeros de la pequeña Burtai. Y cómo celebraba Marion la proeza de que, en la estadía americana, la familia se negase a aceptar al «inglés» y le pusieran cama en el garaje. Ya en Italia, aparte de las noches que digo y del ir con nosotros «a far la spesa» como tres amitas de casa; y descontadas las continuas sesiones con su maestro Ezra Pound (incluso como entrenador de semejante tenista, ciclón gigantesco), lo de Bunting era prepararse a conciencia para gustar hasta la última gota, no recuerdo si de Omar Hayyam o de Hafiz. Con tal empeño, que por llegar a la lengua persa se dio previamente a estudiar árabe, y no sé si pasó de ahí. Lo demás, arrancarle con fórceps algún que otro brevísimo escrito para nuestro suplemento literario en el semanario local «Il Mare». Y revolver días y días en el magín las palabras de algún oscuro y adamantino poema, que rara vez llegaba a escribir.

De su amigo Wyndham Lewis, contaba Pound, que por no ir al frente francés se alistó en la Guardia Real y que, maldición, ésta fue la primera en apuntarse voluntaria. Para colmo, cuando Jorge V acudió a despedirse, a Lewis —mejor pintor y plumífero que jinete— el caballo, rompiendo filas, fue a dar junto al rey y mariscales: valiéndole al caballero el calabozo y la nota de «no apto para el servicio de S. M.». Algo así ocurriría, en planea paz, al pacífico Bunting, pues su cartilla militar la cruzaba idéntica inscripción, más la coletilla de pasar de inmediato a la cárcel en caso de movilización. Así se entiende que, conforme se concretaban las ansias imperiales de Mussolinbi, el pavor de Bunting fuese en aumento. Y —hombre de estudio al fin— se desojaba sobre los mapas buscando un lugar libre de veleidades bélicas y adonde no alcanzase la larga mano inglesa.

Eligió las Canarias, por algo llamadas Afortunadas (sobre que la República había renunciado a toda guerra). Me dictó un detalladísimo cuestionario —alquileres, mantenencias, precios, clima— al correspondiente Sindicato de Iniciativa, quien le quitó un buen peso al negarle el precio de la leña, pues los isleños no habían menester calefacción. Y allá se fue, a Tenerife. Pero ya saben la que se armó en el verano del 36...

La pulcra plaquette «Ruta, textura» que me manda Robayna, tras noticia de la estancia de los Bunting en el paradisíaco, y algo lunar, paraje y nos regala el buntinguiano «The Orotava Road» fechado en aquel 1935. Que la sabiduría y buen oído del joven canario escrutan y desmenuzan en sus aliteraciones y juegos fonéticos, en los armónicos períodos rítmicos, la arquitectura, la plástica capacidad de síntesis. Intensificando, potenciada, la lectura del poema con la advertidísima versión que da Robayna en verso castellano. Gracias, doblemente, le sean dadas. — M.

Días de varia luz

Reivindicación de las sombras

Dos palabras resumen las características de un universo poético singular que arrastra con la fuerza tremenda del leviatán desatado

PENSANDOLO despacio, el título elegido por Joan Perucho para su último libro me parece un acierto: «Museo d'ombres» (Edicions 62, 1981). En el fondo estas dos palabras resumen las características de un universo poético singular, que a mí personalmente me arrastra con la fuerza tremenda del leviatán desatado. Pero ante esa nueva obra de Perucho y con independencia de lo que opino de ella al insertarla en todo cuanto lleva escrito, no puedo evitar el convencimiento de que todavía hoy Perucho no está donde debiera estar en la escala de valores de la literatura catalana y buena parte de culpa la tienen sus juegos de mago con las «sombras».

Los magos o los alquimistas en literatura —como en la vida— suelen inspirar una mezcla de respeto y temor, que unas veces los condena, al silencio, y otras, si planea alguna forma de inquisición, a la hoguera. Frente al realismo y a sus leyes invariables, según las cuales no existe otra realidad que aquella que puede ser recogida y evaluada con la mirada, la vertiente imaginativa supone una grave transgresión de los límites. Es evidente que no todo el mundo está dispuesto a aceptar que el hisopo es un objeto sagrado en manos de un religioso, y al mismo tiempo puede convertirse en instrumento infernal en poder de cualquier discípulo de Satán. O dicho de una forma más llana, con la inevitable recurrencia al tópico: al otro lado de la superficie iluminada de la luna existe otra igual sumida en la más densa oscuridad. Ninguna de las dos se excluyen sino que, muy al contrario, se complementan.

Lo que ocurre es que siempre es más fácil identificarse con Santo Tomás —sólo admito lo que veo— que con Alicia explorando el país de las maravillas. La realidad inmediata nos llega sin que uno deba necesariamente abandonar la actitud pasiva. La indagación o especulación acerca de realidades no visibles exigen que el espectador se transforme en copartícipe de la aventura. Requiere esfuerzo, voluntad de compromiso, riesgo. Quizá sea también necesario, con palabras del pontífice Breton, que la mente se confunda co nel corazón para así abolir las fronteras convencionales. Eso es algo que para la mayoría de lectores-espectadores resulta tan complejo como jugar una partida de «bridge» con la medusa derrotada por el Perseo de Cellini.

Joan Perucho es un ejemplo sintomático de lo que digo. Durante largos años su obra ha crecido y crecido prácticamente en el vacío de una campana de aire. Una flor rara, maléfica, en el jardín sin-sorpresas dominado por rosas, claveles y cardos. Joan Perucho, nacido en Barcelona en 1920, emergió en un instante de la historia del país en que la gravedad de la situación de la lengua y la cultura catalana, tras la derrota de la guerra, proscribía la imaginación. Cuando la mera supervivencia de las propias señas de identidad cultural imponían la clandestinidad y la militancia más rigurosa, era lógico que si alguien intentaba la hazaña de penetrar en el misterio de los espejos sin fondo para hacernos partícipes de sus hallazgos, el hecho se interpretara como una fórmula de soslayar el «compromiso» con la dura realidad que se vivía día tras día. Aparece en 1947 con un libro de poemas, «Sota la sang», seguido en 1953 por el primer volumen de narraciones fantásticas, «Diana i la mar morta», era nadar contracorriente y hacer oposiciones a «maudit». Lo mismo que Jordi Sarsanedas con su extraordinaria obra «Mites» (1954), o Josep Palau i Fabre al publicar los «Poemes de l'Alquimista» (1952). En cierta manera ni tan siquiera se tenía por admisible el hiperrealismo poético del maestro J. V. Foix. O bien la literatura era arma de combate, o no había un hueco para ella en el tiempo en que toda actitud debía llevar consigo la voluntad de servir al bien común, es decir, la lucha por rescatar la identidad y afirmarla.

Perucho no ha sido un luchador que se vale de la pluma como instrumento de combate. Es un poeta que fabula utilizando todos cuantos elementos encuentra a mano. Se le ha querido identificar con Lovecraft y quizá sí que el gran escritor norteamericano fue su modelo inicial. Al menos, en 1956 Perucho dio a conocer un libro de prosas que tituló así: «Amb la tècnica de Lovecraft». Pero Lovecraft es sólo el abanderado que tras dar la espalda a los lugares comunes de la vida se interna por los senderos del sueño en busca de nuevos ámbitos, donde el hombre pueda recobrar su capacidad de maravillarse. Su técnica consiste en recusar lo existente y ya probado, por lo inexistente inventado que en él cobraba carta de naturaleza. Lovecraft, personalidad esquizoide —según su biógrafo Sprague de Camp— arrancaba de su fracaso como hombre, incapaz de adaptarse a las servidumbres del espacio y el tiempo que lo insertaba, la configuración del universo imaginativo en el centro del cual se sentía cobijado. Hay un componente malsano, enfermizo en las historias de Lovecraft, que rotundamente no es posible detectar en las fábulas de Perucho. Entre las circunstancias vitales de uno y otro no existe la menor afinidad, y por consiguiente los productos de las experiencias individuales son distintas.

Más lejos en la cronología que Lovecraft, se encuentra Marcel Schwob y sus magistrales «Vies imaginaires». Y por supuesto más cercanos, Borges, Bioy Casares y Alvaro Cunqueiro. La tentación de establecer paralelismos se hace casi insoportable, pero reconozco que no es éste el momento y por otra parte estoy convencido de que basta con leer a cada uno de ellos y a Perucho para darse cuenta de que la diferencia es acusada. Insisto en que Perucho es un poeta, un hombre que ama la vida, que siente la pasión de vivir y la administra en su prosa caliente, nunca lo bastante recluida en el claustro de la inteligencia —como ocurre a menudo con Borges— para que uno tenga la impresión de entrar en contacto con la frialdad de la columna de mármol bellísima pero quizá excesivamente perfecta. Asimismo, y pese a lo que opinan sus detractores tal vez por falta de un conocimiento profundo de su obra, Perucho no rechaza su tierra, ni su cultura, ni siquiera la realidad tangible que nos es común. Ahí están sus magníficas «Històries naturals» (1960), que junto con «Llibre de cavalleries» (1957), constituyen posiblemente lo más significativo de su obra. La clave reside en que por atributos de solidez cultural y de imaginación, Perucho eleva los temas desde el suelo donde los toma, los proyecta hacia arriba, los universaliza de tal manera que el lector parece quedarse con la sensación de que es precisamente cuando él los deja, en apariencia inconclusos que se abren a la expectación de lo infinito.

Este último libro, «Museu d'ombres», quizá no sea el mejor de los suyos —mi gusto se inclina por «Històries apòcrifes», «Monstruari fantàstic», «Galería de espejos sin fondo», «Botànica oculta»— pero sí es significativo de las características que he apuntado. El dietario «enigmàtic» del supuesto personaje dorsiano Octavi de Romeu, el cuerpo central compuesto a base de prosas a mitad de camino entre lo real y lo ficticio, a veces tomando como pretexto un paisaje, una frase, una nimiedad, y las últimas páginas donde junto al creador aparece el amante de la estética plástica, el Perucho que se reviste por breves instantes con los ornamentos que le confieren su identidad de uno de los más lúcidos ensayistas de arte con que cuenta este país, pese a que tampoco esta faceta suya le haya sido reconocida de acuerdo con sus merecimientos.

Ahí es donde finalmente pretendía llegar. Debo a Joan Perucho largas horas de lectura, que siempre se hicieron cortas por la intensidad del juego imaginativo que crearon en mí. «Museo d'ombres» no ha sido una excepción. Tampoco yo lo soy en mi papel de lector de su obra. Perucho personifica el caso del escritor «maudit» que tras prolongada espera en el purgatorio, va siendo paulatinamente rescatado no ya por los lectores de mi edad, sino por los más jóvenes. De la misma manera que lo ha sido Lovecraft en todo el mundo tras haber muerto presa de la locura entre la indiferencia general hacia su obra, o el mismo Borges entronizado ahora por masas de jóvenes que frente a su obra hacen abstracción del abismo ideológico que los separa del anciano escritor bonaerense. Se trata del fenómeno de una doble opción. Ante la espectral realidad envuelta en lóbregas tinieblas que ofrece el mundo actual, se reivindica el derecho a trascender las sombras de la imaginación creadora, pórtico de un universo abierto a las posibilidades infinitas del sueño, y recuperar la capacidad de maravillarse con nuevas realidades más acogedoras, fruto de la especulación. ¿Quién será capaz de colocar puertas al viento? Lo cual significa devolver a la literatura su antigua dependencia de la imaginación en libertad, e identificar como algo substancial literatura y libertad.

Eso es lo que ha hecho Joan Perucho desde que por primera vez tomó la pluma para abolir las puertas o las compuertas con la que durante años se ha intentado coartar el vuelo universal del viento. Sus armas han sido siempre simples pero valiosísimas: imaginación, humor e ironía. Eso es literal poesía. En «Museu d'ombres», él lo explica así: «Parlo únicament de les cosas sobre les quals tinc secreta informació, com és ara el vol dels ocells, perquè la mòmia de Ferran VII parla algunes vegades, o quina és la real significació de les ombres que transiten pels corredors». Antes, tras autocalificarse de «home de lletres», se ha preguntado: «Per què, on és la veritat?». Creo que ese interrogante crucial nos involucra en su exploración de lo invisible, al tiempo que nos devuelve el inexpresable placer de la lectura.

Robert SALADRIGAS

MESA DE REDACCION

«LOS MALASANGRE»: CIEN AÑOS

Son los transcurridos desde la publicación —por la milanesa Treves— de «I Malavoglia», la novela con que el caballero catanés Giovanni Verga abrió batalla contra los novelones históricos y de bien torneados períodos toscanos, en la tradición de Manzoni o de Grossi, y estaba llamado a ser cabeza de la escuela «verista» italiana (sobre dar base sólida a cuanto en potenciar el valor de la palabra, del lenguaje, harían luego un Gadda, un Vittorini, un Pasolini o el d'Arrigo del ciclópeo «Horcynus Orca»). Pero la importancia del libro no fue reconocida, al pronto, por el público, la crítica ni el editor, y menester fue aguardar hasta la creación de la Duse en la adaptación teatral de «Cavalleria rusticana» y de «La Lupa»; y más allá, a comienzo de siglo, la salutación de Benedetto Croce en el primer número de «La Critica», el reconocimiento del toscano Federico Tozzi, la devoción de Pirandello, el entusiasmo de los formalistas del grupo de «La Ronda». Aci Trezza, el lugarejo catanés abierto a los islotes farallónicos de los Ciclopes, o sea a los gigantescos pedruscos del Etna que el enceguecido Polifemo lanzara contra el fugitivo Ulises; el idílico y desconocido lugar pasó famoso en el mundo entero. Mayormente, reconozcámoslo, por la versión viscontiana de «La terra trema», que fue el arranque, los pescadores de Verga se convirtiesen en corredores de fincas, hosteleros, guías y demás fauna multicolor, al paso que los Ciclopes quedaban chicos ante los mastodontes de cemento armado al que desdibujan aquel hermosísimo labio del mar Jónico. Y donde, para más inri, hoteles, restaurantes, discotecas y análogos ostentan los nombres Malavoglia, Polifemo, Ciclopes, y aun el del propio Verga: nombres, sobra decirlo, que aun los más viejos del lugar habían ignorado durante casi un siglo. Y que, sin darse de ello cuenta, han olvidado completamente el vivacísimo lenguaje canonizado por el novelista. Que hoy allí impera el italinglés, un italiano sin huesos ni sintaxis.

HUELLAS DE ANCESTROS

Los recientes movimientos sísmicos que han agrietado mármoles de la Acrópolis ateniense, quebrando de paso más de una vasija de las que atesora el Museo aledaño, ¿habrán hecho correr igual y desgraciada suerte a lo recogido y clasificado por la doctora Virginia R. Grace en el Museo de Anforas instalado en el reconstruido Pórtico de Atalo, en el Agora? Con esos y otros ejemplares, y gracias al completísimo estudio financiado por la Universidad de Princeton, la doctora Grace ha conseguido clasificar varios millares de asas de ánfora, estableciendo un un paralelismo con la historia de algunas ciudades del Mediterráneo en el arco de mil años, hasta el siglo VI de nuestra era. Dichas ánforas, mayormente de importación, eran las utilizadas para el transporte marítimo de aceite y de vino, y no extraña que entre las mismas figuren probablemente ejemplares con el sello de Ampurias o de los puertos romanos de Tarraco y Cartago Nova. Menos aún, que el vilafranqués Josep Brugal i Fortuny, arquitecto del Museu del Vi, tentado a la visita de aquel museo ateniense haya estudiado a fondo las diversas características de aquellas piezas probatorias, los medios de su transporte y ubicación, como los trayectos que cada tipo hubo de seguir a lo ancho de nuestro mar y hasta aportar en el Pirineo, o en le viejo Falerón. De todo ello da cumplida noticia en un atractivo librito, con abundancia de fotografías, gráficos y mapas, que ostenta el número 3 de las publicaciones divulgativas del Museu del Vi de la capital del Penedès: «Contribució a l'estudi del comerç del vi a través del Mediterrani en l'Antiguitat». No tiene desperdicio. Y en la espera de que las aguas de Roda de Barà muestren ser ciertos los indicios de la existencia de una nave romana allí hundida, análogamente a la del sensacional descubrimiento de otra tal en las cercanías de Toulon, con sus cientos de ánforas para vino, alguna de las cuales conservaba el líquido y el tape. Que no sería mala presa para nuestro modélico Museu.

VA DE PREMIOS

Uno es el flamante Puerta del Sol, de Poesía, abierto a autores cuya edad no exceda de los 30 años, y que no tenga en su haber más de dos libros publicados. Con extensión entre 400 y 450 versos, sin límites de estilo y tema, pero escritos en castellano, y rigurosamente inéditos en libro, pueden remitirse en doble ejemplar amparado en seudónimo —con plica que contenga fotocopia del DNI y demostración fehaciente de los libros que tenga editados— al Centro de Estudios Turísticos Sol (Puerta del Sol, 5. Madrid-14) hasta el 2 de mayo próximo. El premio, que se fallará el día 29 del mismo mes, comporta un trofeo conmemorativo, bolsa de 50.000 pesetas por los derechos sobre una primera edición, y 50 ejemplares de ésta. Otros dos son el veterano Eugenio Nadal, en su trigésimo octava convocatoria, y el Josep Pla de prosa catalana, que llega a la decimocuarta. Este, como el de novela en castellano es idóneo para obras inéditas de 200 o más folios que en duplicado ejemplar y con firma del autor (no se admite más seudónimo que el reconocido como habitual nombre literario) se dirijan a Ediciones Destino (Balmes, 4, Barcelona-2) antes del próximo octubre. La dotación de ambos premios se mantiene en 200.000 pesetas, en concepto de anticipo sobre los derechos de una primera edición. Y su resolución, en la tradicional fiesta de la noche de Reyes. En el volante de la convocatoria de esos premios vienen las fotografías de sus respectivos ganadores: los del Pla (Moix, Porcel, Teresa Pàmies, Janer Manila, Cirici, Villalonga, Marià Manent, Jardí, Carles Reig, Castellet, M.ª Angels Anglada, Met Miravitlles y Jordi Sarsanedas), como la impresionante galería de los 37 hasta ahora galardonados con el Nadal, cuya nómina excusamos.